

A movie poster featuring a close-up of a young woman with freckles and a braid, looking off to the side. In the background, a large sailing ship is visible on the water. The title 'LA CAUTIVA DEL DESTINO' is written in large, white, serif letters at the bottom, and the name 'JOANNA BLAKE' is at the top.

JOANNA BLAKE

LA CAUTIVA
DEL DESTINO

Tabla de Contenido

[La cautiva del destino](#)

[CAPITULO 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capitulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[EPÍLOGO](#)

LA CAUTIVA DEL DESTINO

CAPITULO 1

El otoño siempre ha sido mi época favorita, cuando el aire huele a miel y a promesas. Esta mañana, como todas, me escondo en el establo con Daisy, mi cabra, la única que no se burla de mis sueños. El chorro de leche golpea rítmicamente el cubo mientras le susurro mis secretos.

—Las monjas del monasterio tienen libros, ¿sabes? Libros reales de Roma, con secretos de curación.

Acaricio el pelaje blanco de Daisy mientras ella mastica tranquilamente el heno.

—Un día aprenderé a leerlos. Encontraré una manera.

El sol apenas trepa sobre los campos de cebada, convirtiendo cada espiga en oro líquido. Desde aquí puedo ver el humo de las chimeneas elevándose como hilos grises en el aire quieto de la mañana. En días como este, casi puedo olvidar lo que soy: una sierva, atada a esta tierra como las propias raíces de la cebada.

El golpeteo familiar del bastón de padre interrumpe mis ensoñaciones. Lo veo pasar cojeando frente al establo, cargando sus herramientas. Su pierna nunca sanó correctamente después de la última incursión.

—¡Æthelfled! —Su voz suena tensa, diferente—. Lord Æthelred ha convocado una reunión en el salón. Sobre el tributo.

El tributo. La palabra me revuelve el estómago. Hace tres años, cuando los hombres del norte arrasaron nuestras tierras, nos impusieron su "protección". Cada otoño vienen a cobrarla, y cada otoño nos dejan un poco más pobres. Pero este año es diferente: los susurros en la aldea dicen que Lord Æthelred se ha cansado de pagar.

Me limpio las manos en el delantal y abrazo a Daisy una última vez.

—Deséame suerte —le susurro, aunque sé que la suerte tiene poco que ver con lo que está por venir.

En el camino hacia el salón, observo a la gente reuniéndose. La preocupación dibuja líneas profundas en sus rostros. Veo a mi madre entre ellos, sosteniendo a mi hermano pequeño contra su cadera. Cuando nuestras miradas se encuentran, intenta sonreír, pero la sonrisa no alcanza sus ojos.

El viento cambia repentinamente, trayendo consigo el olor a sal del mar. Un escalofrío me recorre la espalda mientras miro hacia el horizonte. Algo se siente diferente esta mañana. El aire está demasiado quieto, los pájaros demasiado silenciosos.

Y entonces lo escucho: un cuerno a lo lejos, su sonido profundo y amenazante atraviesa la paz de la mañana como una espada.

Mi padre me agarra del brazo, sus dedos se clavan en mi piel.

—¡Al bosque! —grita, pero sus palabras se pierden en el caos repentino que estalla a nuestro alrededor.

El ruido de cascos se acerca, mezclado con gritos de guerra en una lengua extranjera. Los vikingos han llegado. Y esta vez no vienen por tributo.

El caos estalla como una tormenta de verano: súbito, violento, imparable. El cuerno vikingo resuena de nuevo, más cercano, haciendo que mi corazón golpee contra mis costillas como un pájaro enjaulado. El olor a sal marina se mezcla ahora con algo más acre: el humo.

—¡Æthelfled! —La voz de padre se quiebra mientras me empuja hacia los árboles.

Sus dedos callosos se clavan en mi brazo con la fuerza del miedo. Tropiezo con mis faldas, el barro del rocío matutino manchando el dobladillo. El cubo de leche que llevaba se derrama,

formando riachuelos blancos entre la hierba.

Los gritos comienzan como un coro desafinado. Chillidos agudos de mujeres, el llanto de los niños, los bramidos de los hombres intentando organizar una defensa que saben inútil. Los animales se unen al coro del terror: las ovejas balan, los cerdos chillan, los caballos relinchan enloquecidos en sus establos. Daisy, mi Daisy, suelta un balido que suena demasiado humano.

El olor a humo se intensifica. Las primeras casas de paja en el extremo de la aldea ya están ardiendo, el fuego devorando los techos resecos por el verano. El viento trae cenizas que bailan como copos de nieve negra, posándose en mi cabello, en mi ropa, en mi lengua. Saben a miedo.

Los jinetes irrumpen en la aldea como una marea imparable de hierro y furia. Sus gritos de guerra hacen que la sangre se me congele en las venas. Son como los lobos que bajan de las colinas en invierno, hambrientos y despiadados. El sol arranca destellos de sus hachas y espadas, de los cascos que algunos llevan. Sus barbas rojizas y rubias están trenzadas con cuentas que tintinean como campanas de muerte.

—¡Al bosque! —grita alguien más—. ¡Corred al bosque!

Me paraliza. Mi madre está en la dirección opuesta, con mi hermano pequeño. La veo luchar contra la corriente de gente que huye, llamándome. Sus ojos encuentran los míos a través del caos. Nunca olvidaré esa mirada.

El primer vikingo que pasa junto a mí huele a cuero, a sudor y a mar. Su caballo negro resopla, sus ojos tan salvajes como los de su jinete. Otro pasa tan cerca que su capa rozada por el viento me golpea el rostro. Huele a sangre vieja.

Y entonces lo veo. Alto sobre un caballo gris como la niebla marina, su presencia domina el caos como un dios de las antiguas historias. Su barba rojiza brilla bajo el sol de la mañana, trenzada con cuentas de oro y plata. Una cicatriz le cruza la ceja izquierda como un relámpago. Pero son sus ojos los que me atrapan: uno azul como el cielo de verano, otro verde como el mar embravecido.

Nuestras miradas se encuentran por un instante que parece contener una eternidad. Veo algo en esos ojos dispares: ¿sorpresa? ¿reconocimiento? Antes de que su expresión se endurezca.

—¡Æthelfled! —El grito desesperado de mi padre me devuelve a la realidad. Pero es demasiado tarde.

El jinete de ojos bicolores ladra una orden en su lengua extraña. Dos de sus hombres desmontan con la agilidad de lobos cazadores. Uno me agarra por la cintura, sus manos ásperas como corteza de árbol. El olor a cuero y sudor me envuelve, mezclado con algo dulzón y nauseabundo. Pateo, araño, muerdo, pero es como luchar contra un roble.

Capítulo 2

—¡Esta es mía! —la voz del líder truena en un sajón marcado por un fuerte acento. Desmonta con un movimiento fluido y se acerca. Sus pasos son sorprendentemente silenciosos para un hombre de su tamaño.

El mundo se reduce a esos ojos dispares mientras se inclina sobre mí. Su aliento huele a hidromiel y a algo herbáceo que no logro identificar. Levanta una mano —grande, cubierta de cicatrices y anillos de plata— y, por un instante, espero un golpe.

En cambio, sus dedos rozan mi mejilla con una delicadeza inesperada, limpiando una mancha de ceniza.

—Tranquila, pequeña sajona —murmura en mi idioma—. El pánico solo empeorará las cosas.

Me apoyo contra el poste al que me han atado, la cuerda áspera mordiendo mis muñecas. El sol de la tarde tiñe el cielo de rojo, como si los dioses hubieran derramado sangre en las nubes. El humo de las casas quemadas me hace arder los ojos, o quizá son las lágrimas que me niego a derramar.

A mi alrededor, los vikingos clasifican su botín como si estuvieran en el mercado: monedas, joyas de la iglesia, herramientas... y personas. Somos quince los que quedamos. Reconozco a Mary, la hija del herrero, con el rostro manchado de hollín y sangre seca. También al pequeño Thomas, el hijo del molinero. La mayoría son jóvenes, fuertes. Útiles. No veo a mi familia por ninguna parte, y me obligo a tomar eso como una buena señal.

Los guerreros hablan en su lengua áspera, riendo y empujándose como niños después de un juego. Uno de ellos, alto y delgado como un sauce malévolo, no deja de mirarme. Sus ojos tienen el color turbio de un charco estancado. Cuando se acerca, el olor a cerveza rancia de su aliento me revuelve el estómago.

—Bonita sajona —arrastra las palabras en mi idioma—. Serás una buena esclava en mi cama. Una voz como trueno distante corta el aire.

—¡Halfdan!

El de ojos dispares —Bjorn, le han llamado los otros— emerge de entre las sombras alargadas. La luz del atardecer hace brillar el oro en su barba trenzada. Se mueve como los lobos que acechan nuestros rebaños en invierno: todo gracia contenida y amenaza velada.

Halfdan retrocede, pero su sonrisa persiste. Dice algo en su lengua que arranca risas de otros guerreros. Bjorn responde con una sola palabra, cortante como el filo de una espada. Las risas mueren.

Se acerca a mí y se agacha para quedar a mi altura. El olor a cuero, metal y algo salvaje y herbáceo me envuelve. Sus ojos recorren mi rostro como si quisiera memorizar cada detalle.

—¿Tu nombre? —su voz es más suave ahora, aunque mantiene ese acento extraño que hace que las palabras suenen como piedras rodando colina abajo.

Aprieto los labios. Mi silencio parece divertirlo.

—Los silenciosos suelen tener las mejores historias —murmura, más para sí mismo que para mí. Saca un cuchillo y no puedo evitar tensarme, pero solo corta mis ataduras—. Soy Bjorn Thorsson. Desde este momento estás bajo mi protección.

—¿Protección? —la palabra se desliza de mis labios como veneno—. ¿Como la *protección* que le ofrecisteis a nuestra aldea?

Sus ojos destellan con algo que podría ser admiración, aunque fugaz.

—Tu rey rompió su palabra. La palabra es sagrada.

—¿Y eso justifica la muerte? ¿El fuego? ¿Tomar esclavos?

Se pasa un dedo por la cicatriz de su ceja, un gesto que más tarde reconoceré como habitual en él.

—No —dice finalmente—. Pero te mantiene viva. Por ahora, pequeña sajona, eso debería ser suficiente.

Se incorpora hasta su altura completa y lanza órdenes en su lengua. Dos guerreros jóvenes se acercan para escoltarme. Mientras me llevan hacia los barcos, miro atrás una última vez. Bjorn permanece inmóvil, su silueta recortada contra el cielo teñido de sangre. Sus ojos dispaes brillan como estrellas gemelas en la creciente oscuridad.

No sé si es mi protector o mi carcelero. Quizá, pienso mientras el olor a sal marina se intensifica, sea ambas cosas.

El aire del mar irrita mi garganta mientras observo cómo cargan a los cautivos en diferentes barcos. Fragmentos de conversaciones en su lengua áspera llegan hasta mí, mezclados con risas y órdenes. Entonces lo veo: a mi padre, forcejeando mientras dos vikingos lo arrastran hacia una nave más pequeña y desgastada que la de Bjorn.

—¡Padre! —el grito escapa de mi boca antes de que pueda detenerlo.

Él se gira al oírme. Incluso a esta distancia, veo la desesperación en sus ojos y cómo su pierna mala apenas lo sostiene.

—¡Æthelfled! ¡Que Dios te prot—!

Un golpe en su espalda lo hace callar. Intento correr hacia él, pero las manos que me sujetan son como grilletes de hierro.

—El barco de Gunnulf —dice una voz a mi espalda.

Me giro para encontrarme con Bjorn. Sus ojos dispaes me estudian.

—Va hacia Dublin. Necesitan hombres para las canteras.

—Por favor —las palabras saben a bilis. Nunca imaginé que suplicaría a un vikingo—. Está herido de la última vez que vinieron. La pierna... no sobrevivirá en una cantera.

Algo parpadea en su mirada bicolor: ¿duda? ¿compasión? Desaparece tan rápido que casi creo haberlo imaginado.

—Los dioses deciden quién sobrevive —dice al fin, aunque su mano vuelve a la cicatriz de su ceja, y esta vez evita mi mirada—. Dublin está a tres días de navegación. Las canteras pertenecen a mi tío.

La información cae como una semilla en mi mente: *Dublin. Su tío*. Una ubicación. Una conexión.

Mientras me conducen al barco de Bjorn, lanzo una última mirada a la figura encorvada de mi padre. Juro por todos los santos y por los dioses paganos que tanto teme nuestra iglesia que lo encontraré. Y Bjorn Thorsson, lo sepa o no, me ayudará a hacerlo.

—Dublin —repito en un susurro, saboreando el nombre extranjero en mi lengua.

Bjorn, de pie junto al timón, hace girar una moneda sajona entre sus nudillos, observándome con intensidad. El viento salado agita su capa, y por un instante parece más joven, menos terrible.

—Las canteras son duras —dice al fin, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero mi tío no es un monstruo. Los hombres que trabajan bien reciben mejor trato.

—¿Como la *protección* que ofrecisteis a nuestra aldea? —las palabras se me escapan como dardos envenenados. Sé que es peligroso provocarlo, pero el miedo y la rabia burbujan dentro de mí como hidromiel agria.

Para mi sorpresa, Bjorn sonríe. No es una sonrisa cruel, sino algo más complejo.

—Tienes una lengua afilada para ser una simple granjera.

La moneda se detiene entre sus dedos.

—¿Sabes por qué te elegí?

—¿Porque soy joven y fuerte? —mi risa suena amarga incluso para mí—. ¿O porque Halfdan me quería?

Sus ojos se oscurecen al mencionar a Halfdan.

—Vi cómo protegiste a ese niño durante el ataque. Te pusiste entre él y la espada de Erik.

La moneda vuelve a girar en sus dedos.

—Pocos tienen ese tipo de coraje. O esa estupidez.

El recuerdo me golpea: el pequeño Thomas tropezando, el vikingo rubio levantando su espada, mi cuerpo moviéndose por instinto. No sabía que Bjorn había presenciado eso.

—El niño era demasiado pequeño para las canteras —murmuro, mirando hacia el barco donde está mi padre—. Como mi hermano.

—¿Y tu padre es demasiado viejo? —su tono es suave, pero hay algo afilado en la pregunta. Es una prueba. Cada palabra entre nosotros lo es.

Lo miro directamente a los ojos —uno azul, uno verde, ambos penetrantes— y obligo a mi voz a no temblar.

—Mi padre es fuerte. Más fuerte que yo. Pero su pierna... —las palabras se quiebran en mi garganta.

—¿La herida fue en la última incursión?

Asiento.

—Vuestros hombres le aplastaron la rodilla. Nunca sanó bien.

Hago una pausa calculada.

—Pero conoce el trabajo de la piedra. Antes de que lo hirieran, ayudaba en la construcción de la iglesia.

Bjorn arquea una ceja, la cicatrizada. Sus dedos han dejado de jugar con la moneda.

—¿Intentas negociar, pequeña sajona?

—Intento mantener vivo a mi padre. —La honestidad, descubro, puede ser un arma tan afilada como la mentira.— ¿No harías lo mismo por el tuyo?

Algo cambia en su rostro, tan rápido que casi lo pierdo - un destello de dolor, quizás, o de reconocimiento. La moneda desaparece en su puño.

—Mi tío —dice finalmente, su voz extrañamente ronca—. Necesita un maestro cantero. Alguien que enseñe a los nuevos esclavos. Es un trabajo menos... exigente.

Esperanza, peligrosa y frágil como un pajarillo, aletea en mi pecho. Pero mantengo mi rostro impassible, como él me ha enseñado a hacer en estos pocos momentos.

—Los dioses deciden quién sobrevive —repito sus palabras anteriores. Esta vez, la comisura de su boca se curva ligeramente.

—Eres peligrosa, Æthelfled de Mercia. —Mi nombre suena extraño en su acento, pero hay algo casi como respeto en su voz—. Más de lo que aparentas.

Se gira para irse, pero se detiene. Sin mirarme, añade:

—Escribiré a mi tío esta noche. Los dioses, después de todo, a veces necesitan una pequeña ayuda para tomar sus decisiones..

Lo observo alejarse, su capa ondeando en el viento marino. La esperanza en mi pecho se hace más fuerte, pero viene acompañada de confusión. Este hombre, este hombre del norte que ha destruido mi hogar y separado a mi familia, acaba de mostrar misericordia. ¿O es otra forma de

ejercer control?

En la distancia, el sol comienza a hundirse en el mar, tiñendo las olas de rojo y oro. Como los ojos de Bjorn, pienso, nada aquí es de un solo color.

El mar no se parece en nada a los campos que he conocido toda mi vida. Se mueve, respira, ruge como una bestia viva. El barco —largo y esbelto como una serpiente marina— se mece sin cesar, y mi estómago se revuelve con cada ola. Me han permitido sentarme cerca de la proa, donde el olor a vómito y sudor de la bodega es menos intenso.

La tripulación me observa. Sus miradas son como agujas clavándose en mi piel. Especialmente Halfdan, que no deja de susurrar a sus compañeros mientras me señala con gestos obscenos. No necesito entender su idioma para comprender sus intenciones.

—El jarl la trata como a una princesa —gruñe uno en sajón mal pronunciado, asegurándose de que lo escuche— ¿Quizás deberíamos recordarle que es solo una esclava?

—Una esclava muy bonita, —ríe otro, mostrando dientes amarillentos—. Aunque no por mucho si sigue vomitando.

El barco se sacude con una ola particularmente fuerte, y mi último intento de mantener la dignidad se pierde por la borda junto con lo poco que quedaba en mi estómago. Las risas aumentan, resonando como una jauría de lobos aullantes.

—¡Suficiente!

La voz de Bjorn corta el aire como un hachazo. No lo he oído acercarse —se mueve como un gato a pesar de su tamaño, cargando un cuerno en la mano. Los hombres se dispersan, aunque Halfdan mantiene esa sonrisa torcida y una mirada desafiante.

Bjorn se sienta a mi lado, su hombro rozando el mío. El contacto debería repugnarme, pero el calor que emana su cuerpo es reconfortante contra el frío marino.

—Bebe —ordena, ofreciéndome un cuerno labrado—. El hidromiel ayudará con el mareo.

Titubeo. Él suspira, toma un trago él mismo y me lo vuelve a ofrecer.

—Si quisiera envenenarte, pequeña sajona, hay formas más sencillas.

Finalmente, asiento con la cabeza.

El hidromiel es dulce y cálido, con un sabor a especias que no reconozco. El calor se extiende por mi cuerpo, y por primera vez desde que zarpamos, mi estómago se asienta.

Bjorn se aleja hacia la proa y regresa. Ha cortado un trozo de carne ahumada y me lo ofrece con la punta de su cuchillo.

—Come. El mar es más cruel con un estómago vacío.

—¿Por qué? —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la amabilidad? Me habéis tomado de esclava, como han dicho ellos.

Sus ojos dispares se fijan en el horizonte. Baja la voz y se acerca.

—Nadie merece ser tratado como escoria.

Hay algo más en esa mirada, en ese tono de voz. Puedo notar dolor y melancolía.

Entrecierro los ojos. Él titubea, pero se acerca a mí.

—No estoy aquí ni te he traído para arruinar tu vida.

Dejo escapar un suspiro sarcástico. Por un instante pienso, este esclavista está tratando de manipular mis emociones.

—Sé lo que hemos hecho —responde—. Sé que os ha causado dolor, pero es mi deber a mis hombres y a mi pueblo. A parte de esto, prometo tratarte mejor.

Lo miro con ponzoña en la mirada. Pero algo me dice que es sincero.

Baja la cabeza y tensa los amplios puños, con venas surcando sus manos y antebrazos.

—Quiero que me entiendas, sajona. Mi madre era como tú. Una sajona capturada en una incursión. —Una pausa—. Los hombres que la capturaron no fueron amables.

Sus dientes se tensan, como un lobo presto para asesinar, y sus ojos cobran una furia similar en aquel momento.

—¿Qué le pasó? —pregunté, casi sin aliento.

Esos ojos, salvajes como los de una fiera pero serenos como un cielo de verano, se fijan en mí.

—Sobrevivió. Se ganó su libertad. Terminó amando a mi padre, aunque él fue uno de los que quemaron su aldea. —Sus dedos rozan inconscientemente la cicatriz de su ceja—. Me enseñó algo, pequeña sajona. Algo que valoro hasta estos días. La fuerza, el poder... no están en cuánto puedes tomar, sino en cuánto puedes proteger. Voy a proteger a mi gente, sajona. Y tu ya estás entre ellos.

Halfdan pasa cerca, murmurando algo en nórdico. Bjorn responde con una sola palabra, su voz suave pero cargada de amenaza. El otro hombre palidece y se aleja rápidamente.

—¿Qué le has dicho?

Una sonrisa lobuna cruza su rostro.

—Que la última persona que tocó algo mío sin permiso alimentó a los peces durante tres días antes de morir.

Debería asustarme, pero en cambio siento una extraña mezcla de gratitud y algo más, algo que no quiero nombrar.

—No soy tuya —digo, aunque mi voz suena menos firme de lo que quisiera.

—No —concede, ofreciéndome más hidromiel—. Pero ellos necesitan creer que lo eres, si quieres sobrevivir a este viaje.

El sol comienza a ponerse, pintando el mar de oro y sangre. En la distancia, un pájaro grita, libre y salvaje. Como la madre de Bjorn, me pregunto si algún día encontraré libertad en este cautiverio. O peor aún, si como ella, encontraré algo más que libertad.

El hidromiel calienta mi sangre, y el hombro de Bjorn sigue presionado contra el mío, sólido como una promesa que ninguno de los dos ha hecho.

El asentamiento vikingo se alza contra el cielo gris de Northumbria, una mezcla de construcciones sajonas capturadas y nuevos salones de madera al estilo nórdico. El gran salón de Bjorn domina la colina. El techo está decorado con cabezas de dragones talladas que parecen observar nuestra llegada con ojos vacíos.

El aire huele diferente aquí - a humo de leña, a cerveza fermentando, a pescado secándose al sol. Las gaviotas sobrevuelan los techos de paja, sus gritos mezclándose con el bullicio de la gente que se acerca a recibir a los guerreros victoriosos.

Los guerreros del norte se reúnen en aquel edificio, y Bjorn me guía suavemente, cuerdas aún atadas a mis muñecas. Los tesoros saqueados se extienden ante el salón como un festín para los ojos: cálices de plata de nuestra iglesia, cruces de oro, monedas, telas finas, herramientas de hierro. Cada guerrero recibe su parte según su rango y hazañas en la incursión. Observo cómo profanan los objetos sagrados con sus manos manchadas de sangre, y las oraciones que mi madre me enseñó se agitan en mi pecho como pájaros enjaulados.

—Esta noche honraremos a los dioses —anuncia Bjorn, su voz resonando sobre la multitud, alzando un cuerno— ¡Thor nos dio la victoria, y Odín nos guió por el mar ¡Skål!

Un rugido de aprobación se eleva de la multitud, cuernos alzándose en el aire. Veo mujeres con llaves colgando de sus cinturones - las esposas de los granjeros y guerreros, marchando con la autoridad que les da ser las administradoras del hogar. Algunas llevan broches ovales de

bronce que brillan al sol, señal de su estatus. Me recuerdo que estos paganos, a diferencia de nosotros, permiten que sus mujeres hereden propiedades y dirijan hogares.

Los preparativos para el blót —su ritual sagrado— comienzan al atardecer. Un sacerdote que llaman góði dirige la ceremonia, sus ropas decoradas con símbolos que reconozco de los amuletos que algunos vikingos llevan: el martillo de Thor, la lanza de Odín. Las antorchas revelan piedras convertidas en ídolos, menhires donde las figuras de sus dioses han sido talladas a relieve. Una, el que reconozco como Odín, con un ojo hendido y un cuervo en su hombro. No reconozco el otro ídolo, pero me sonrojo al notar que ha sido representado con un miembro erecto.

En el centro del claro han erigido un altar de piedra, y mi estómago se revuelve cuando traen el caballo blanco que será sacrificado.

—Apartas la mirada —observa Bjorn, materializándose a mi lado como una sombra— ¿Tu dios no acepta sacrificios?

—Nuestro Señor sacrificó a su propio hijo por nosotros —respondo, las palabras del padre Cuthbert en mis labios—. No necesita más sangre.

Una sonrisa irónica cruza su rostro.

—¿Y eso lo hace más misericordioso? ¿Sacrificar a su propia sangre? —Sus ojos dispares reflejan las primeras estrellas—. Nuestros dioses piden sangre, sí, pero no la de sus hijos.

—¡Odin! —grita el góði, levantando una espada que brilla bajo el sol poniente—. ¡Padre de todos! ¡Freyr, señor de la vida! ¡Os ofrecemos vida y sangre! ¡Dad a nuestra gente poder, fuerza en nuestro brazo y potencia para dar vida! ¡Que las Nornas que guarden el destino se acuerden de nosotros!

El sacerdote alza la espada en el aire y la agita contra el cuello de la bestia. Se oye un crujido y un relincho. Cierro los ojos mientras el hombre continúa su ritual, ante ululeos, gruñidos y acordes discordantes.

La sangre del caballo se recoge en un cuenco de bronce decorado con runas. Mi mente vuela a las historias que nos contaban los monjes: vikingos sacrificando humanos a sus dioses falsos, colgándolos de árboles sagrados.

Como si leyera mis pensamientos, Bjorn añade:

—Estás pálida. Los sacrificios humanos son raros ahora. Mi padre los prohibió en estas tierras. Los tiempos cambian, pequeña sajona. Incluso para los paganos.

El góði salpica a la multitud con la sangre usando una rama de pino. Cuando algunas gotas caen sobre mi rostro, tengo que contener el impulso de limpiarlas. Las mujeres a mi alrededor las reciben como una bendición, sus rostros elevados al cielo en éxtasis.

La carne del caballo se cocina en un gran fuego. El humo se eleva hacia las estrellas, llevando las oraciones paganas hacia sus dioses. Observo cómo comparten el cuerno de hidromiel, pasándolo de mano en mano, cada uno bebiendo y dedicando un trago a los dioses. Las valquirias, las nornas, los elfos y enanos... nombres que los monjes nos advertían eran demonios.

Pero mientras observo a estas personas celebrar, veo algo más que barbarismo. Veo una comunidad con costumbres complejas. Veo fe, aunque sea en dioses que no son el mío. Veo humanidad en sus rostros iluminados por el fuego.

Bjorn me ofrece el cuerno cuando llega a él. Sus ojos brillan con un desafío silencioso.

—No tengo que beber a tus dioses para sobrevivir —digo, recordando sus palabras en el barco.

Su risa es profunda, genuina.

—No, no tienes que hacerlo —Él bebe. Sus ojos nunca dejan los míos—.Pero quizás algún día entiendas que hay más de una forma de ver el cielo, Æthelfled de Mercia.

El fuego crepita, las estrellas brillan, y en algún lugar entre los mundos, los dioses - el suyo y el mío - observan en silencio.

Capítulo 3

La casa de Bjorn es más grande de lo que esperaba: un salón de madera con techo alto y vigas talladas con serpientes entrelazadas. El calor del hogar me golpea al entrar, envolviéndome como una manta tras el frío del exterior. Hay una mezcla de aromas que llena el aire: el dulzor del pan recién horneado, el toque terroso de hierbas secas que cuelgan de las vigas como si formaran parte de una vieja tradición. Un suave rastro de humo completa el ambiente, haciendo que todo parezca más cerrado, más íntimo.

—¡Ragnhild! —La voz de Bjorn resuena con autoridad, cortando el murmullo de las llamas. Una mujer mayor aparece, sus llaves tintineando en su cinturón. Su cabello gris está trenzado con cuentas de ámbar que brillan débilmente bajo la luz, y sus ojos, pequeños y agudos, me evalúan de pies a cabeza con la precisión de alguien que ha visto demasiado para impresionarse con facilidad.

—Otra boca que alimentar —murmura en sajón con marcado acento, pero sus palabras no son tan duras como podrían haber sido. Hay bondad en su mirada arrugada, una compasión que parece más cansada que cálida—. Al menos esta parece fuerte.

De las sombras del salón emergen otras figuras, primero tres esclavas y, detrás de ellas, dos esclavos varones con el rostro cuidadosamente afeitado. Las esclavas avanzan con movimientos suaves, felinos, como si evaluaran mi presencia tanto como yo evaluo la suya. Todas son sajonas, todas jóvenes. Y todas hermosas.

Un pellizco inesperado se instala en mi pecho, difícil de identificar al principio. ¿Celos? La idea me sorprende, cruda e injustificada. Pero también decepción. ¿Qué esperaba encontrar? La respuesta me golpea con la fuerza de una bofetada. No tengo derecho a sentir celos. No quiero tener ese derecho.

Una de ellas, rubia y esbelta como un junco, se adelanta con gracia. Sus movimientos son deliberados, sus ojos no se apartan de Bjorn mientras se inclina para tomar su capa. Sus dedos rozan los de él un instante más de lo necesario, un toque calculado que va acompañado de una sonrisa dulce, casi ensayada, como miel goteando de un panal. Contra mi voluntad, deseo que tropiece.

—Æthelfled ayudará en la cocina —dice Bjorn, apartándose del toque de la rubia con casual indiferencia—. Y necesitamos sus conocimientos de hierbas medicinales.

La rubia —Edith, escucho que la llaman— frunce los labios.

—Yo también sé de hierbas, mi señor.

Los ojos dispares de Bjorn se posan en mí, ignorándola.

—Ragnhild te enseñará tus deberes. Si alguien te molesta... —su mirada recorre significativamente a las otras esclavas—, me lo dirás.

Asiento, incapaz de encontrar mi voz. Hay algo en la manera en que se mueve, en cómo la luz del fuego juega con los ángulos de su rostro, que me hace sentir como si el suelo se moviera bajo mis pies. Es hermoso, me permito pensar por primera vez, como un lobo es hermoso: salvaje, peligroso y libre.

Ragnhild me guía hacia un pequeño cuarto donde dormiré con las otras. Es un espacio estrecho y oscuro, con un suelo cubierto de pieles gastadas y un aire impregnado de humedad y un leve olor a humo. Me asignan una manta áspera, que acomodo en el rincón más apartado. Desde allí, observo cómo Edith y las demás cuchichean en un rincón, sus miradas furtivas cayendo sobre mí de vez en cuando, evaluándome como una posible amenaza o simplemente por

diversión.

—El jarl nunca toca a sus esclavas —dice Ragnhild de repente, como si leyera mis pensamientos—. No es como otros hombres.

Levanto la vista hacia ella con sorpresa y algo parecido al alivio.

—No me importa lo que haga o deje de hacer —respondo, demasiado rápido.

Su risa es suave.

—Por supuesto que no, niña. Por eso te sonrojas cuando te mira.

Me toco las mejillas traicioneras. Están tibias en aquel momento.

—Es un pagano —digo, sacudiendo la cabeza como si eso pudiera disipar sus palabras—. Un invasor. Destruyó mi hogar.

—Y aun así, cuando duermas esta noche, será su rostro el que verás detrás de tus párpados.

Quiero protestar, pero las palabras se atorán en mi garganta. Porque tiene razón. Porque ya puedo sentirlo: la manera en que su imagen se desliza en mis pensamientos como humo; la forma en que mi corazón salta cuando escucho sus pasos; cómo mis ojos lo buscan sin permiso.

En la cena, sentada entre las otras esclavas, lo observo interactuar con sus hombres y sus familias. Es diferente aquí: más relajado, casi gentil cuando habla con los niños que corretean entre las mesas. Una pequeña niña trepa a su regazo y él la deja jugar con las cuentas de su barba, sonriendo con una dulzura que hace que algo se retuerza en mi pecho.

¿Cómo sería, me pregunto, ser su esposa en lugar de su esclava? ¿Sentarme a su lado, llevar sus llaves, criar a sus hijos? La imagen es tan vívida que duele: sus ojos dispares mirándome con amor en lugar de verme como a un objeto del cual es dueño; sus manos grandes y callosas acariciando mi rostro; sus labios encima de los míos...

No. No puedo permitirme estos pensamientos. Son más peligrosos que cualquier espada, más mortíferos que cualquier veneno. Soy una esclava, una cristiana, una sajona. Él es mi captor, un pagano, un vikingo.

Pero cuando nuestras miradas se encuentran a través del salón lleno de humo, cuando la esquina de su boca se curva en esa media sonrisa que parece reservada solo para mí, todos esos argumentos se desmoronan como cenizas en el viento.

La medianoche encuentra el salón casi vacío.

Me han ordenado limpiar las mesas después del festín, y la tarea, monótona y repetitiva, me deja demasiado tiempo para mis pensamientos. El aire todavía está impregnado del olor a carne asada, especias y la embriagadora dulzura del hidromiel derramado. Mis manos, húmedas por el trazo con el que limpio, trabajan mientras mis ojos se deslizan hacia Bjorn.

Está sentado en su silla alta al otro lado del salón, tan inmóvil como una estatua de piedra, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el fuego. La luz de las llamas baila sobre su rostro, iluminando las líneas duras de su mandíbula y los contornos angulosos de su nariz. Sus ojos dispares están perdidos en las llamas.

—Tu madre —me atrevo a decir mientras limpio cerca de él—, la sajona... ¿qué le sucedió?

Las palabras parecen colgar en el aire entre nosotros, pesadas, incómodas. Por un momento largo, creo que no responderá. La última vez, me dio una respuesta ambigua.

—Murió cuando yo tenía doce inviernos. Los sajones... —Se pasa un dedo por la cicatriz de la ceja, ese gesto que he aprendido a reconocer como señal de su incomodidad—. Atacaron nuestro asentamiento mientras mi padre estaba en una incursión. Ella intentó protegerme.

Hace una pausa, sus dedos acariciando la cicatriz con más insistencia. La palabra parece

atascarse en su garganta, como si cada letra le doliera.

Me detengo en mi tarea, con el trapo húmedo en la mano.

—¿Por qué los sajones atacarían? Pensé que pagaban tributo.

Su risa es amarga.

—La venganza no entiende de tributos, pequeña sajona. Mi padre había matado al hermano de un thegn en batalla. El thegn juró venganza por su honor. —Levanta el cuenco de hidromiel y bebe profundamente, como si buscara ahogar algo que quema en su interior—. Honor. Siempre es sobre el honor de los hombres, ¿no? Y son las mujeres las que pagan el precio.

Se levanta abruptamente, acercándose al fuego. La luz juega con los tatuajes en sus antebrazos: runas y nudos que cuentan historias que no puedo leer.

—Mi madre me enseñó a leer. En latín y en sajón. —Se gira hacia mí, sus ojos brillando extrañamente—. El día que murió, estábamos traduciendo las escrituras de tu dios. Las palabras sobre el perdón.

—¿Por eso no...? —dudo, pero continúo—. ¿Por eso no tomas esclavas como los otros?

—Ella era una esclava cuando mi padre la tomó. Nunca olvidé cómo hablaba de esos primeros días, del miedo, de la humillación. —Su voz se suaviza—. Cuando murió, juré que nunca causaría ese tipo de dolor.

Da un paso hacia mí, y de repente está demasiado cerca. Huele a hidromiel, a cuero y a algo salvaje que hace que mi corazón se acelere.

—Los otros hombres se ríen de mí. Dicen que soy débil, que la sangre sajona de mi madre me ha suavizado. —Su mano se levanta, casi tocando mi mejilla, pero se detiene a un suspiro de distancia—. Tal vez tengan razón.

—La compasión no es debilidad —susurro. Mi voz es apenas audible sobre el crepitar del fuego.

—¿No lo es? —Sus ojos dispares me atraviesan—. Mi padre amaba a mi madre, y aun así fue su incursión la que llevó a su muerte. Yo... —Se detiene, alejándose como si mi cercanía lo quemara—. No deberías estar aquí sola conmigo.

—No te tengo miedo.

—Deberías. —Su voz es áspera—. Porque cada vez que te miro, entiendo por qué mi padre no pudo evitar amar a una esclava sajona. Y eso me aterra más que cualquier batalla.

Se va antes de que pueda responder, dejándome junto al fuego moribundo, con mi corazón latiendo como un pájaro salvaje en mi pecho. Porque en sus palabras escuché el eco de mi propio terror: el miedo de estar cayendo en un amor que podría destruirnos a ambos.

Cuando Ragnhild emerge de las sombras, sus ojos sabios y tristes parecen ver más de lo que quisiera que viera.

—Ahora entiendes —dice suavemente—. Por qué las nornas son crueles al tejer estos destinos.

Asiento, incapaz de hablar, mientras las llamas se reducen a brasas. Con ellas, también se desvanece mi resistencia a lo que siento por Bjorn Thorsson.

Capítulo 4

Según los vikingos, las nornas tienen formas extrañas de tejer los hilos del destino.

Al día siguiente, mientras ordeno hierbas en el cuarto de almacenamiento, escucho a los hombres preparándose para otra incursión. Mi corazón se detiene por un momento. ¿Tan pronto? Pero no es una incursión de saqueo.

—El jarl va a Dublín —murmura Edith al pasar con una cesta de ropa doblada contra su cadera. Su voz es baja, pero lo suficientemente clara para llegar a mis oídos. Hay una dulzura calculada en su sonrisa, pero sus ojos brillan con una astucia cortante—. A visitar a su tío. Quizás traiga más esclavas bonitas.

Dublín. Donde está mi padre. El nombre resuena en mi cabeza como un tambor de guerra.

Encuentro a Bjorn en el establo, preparando su caballo. La luz de la mañana hace brillar el oro en su barba trenzada y, por un momento, me quedo sin aliento. Se ve más joven así, menos jarl y más el hombre que compartió sus secretos junto al fuego.

—¿Vas a Dublín? —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Se gira, no sorprendido por mi presencia, como si me hubiera estado esperando.

—Asuntos con mi tío.

—Mi padre...

—Lo sé —sus ojos dispares me estudian—. ¿Por eso has venido? ¿Por tu padre?

—No —la honestidad me sorprende tanto como a él—. No solo por eso.

Da un paso hacia mí, luego otro. El caballo resopla suavemente, el único sonido en el establo, repentinamente demasiado pequeño.

—Es peligroso —dice finalmente—. Lo que está creciendo entre nosotros.

—Lo sé.

—Podría costarnos todo.

—Lo sé.

Está tan cerca ahora que puedo ver las motas doradas en su ojo verde, las pequeñas cicatrices que salpican su rostro como estrellas.

—Cuando regrese —su voz es ronca—, traeré noticias de tu padre. Y entonces...

—¿Entonces?

Sus dedos rozan mi mejilla, tan ligeramente como el ala de una mariposa.

—Entonces tendremos que decidir qué es más fuerte: el deber o el corazón.

Se va antes de que pueda responder, llevándose consigo el calor de su presencia. Me quedo en el establo, tocando mi mejilla donde sus dedos estuvieron, mientras el sonido de los cascos de los caballos se desvanece en la distancia.

Ragnhild me encuentra allí, perdida en pensamientos.

—Los vikingos tienen una palabra —dice suavemente—: *wyrd*. El destino. No puedes luchar contra él, niña. Solo puedes navegar sus corrientes y rezar por llegar a puerto seguro.

—¿Y si el puerto seguro está en la dirección equivocada? —pregunto.

Su sonrisa es sabia y triste.

—¿Quién dice que el amor tiene dirección correcta o incorrecta? Los dioses —el tuyo y los suyos— tienen planes más grandes que nuestros pequeños miedos.

Mientras regreso a mis tareas, pienso en su madre sajona, en las escrituras sobre el perdón, en sus ojos dispares mirándome como si fuera algo precioso y aterrador a la vez. Y rezo, a mi dios y a los suyos, por la fuerza para enfrentar lo que sea que el destino esté tejiendo para nosotros.

Los días sin Bjorn se deslizan como miel espesa. Mientras trabajo en la casa, cada tarea es una distracción bienvenida de la espera. Mis manos se ocupan mientras mi mente vaga:

—¿Habrà llegado ya a Dublín? —murmuro mientras amaso el pan, imaginando el barco cortando las olas. Mis dedos se hunden en la masa como si pudiera encontrar respuestas en su suavidad.

Edith me observa con una mezcla de desdén y curiosidad. Las otras esclavas han notado mi preocupación, y los rumores corren como fuego en paja seca.

—El jarl la mira diferente —susurran cuando creen que no escucho—. Como miraba su padre a su madre sajona.

Las noches son lo peor. Acostada en mi jergón, cada crujido de la madera me hace pensar en tormentas en el mar. ¿Está a salvo? ¿Ha encontrado a mi padre? Las preguntas dan vueltas en mi cabeza como cuervos hambrientos.

Para mantener la cordura, me sumerjo en el trabajo. Ragnhild me enseña las costumbres de la casa: cómo preparar el hidromiel que tanto le gusta a Bjorn, cómo tejer en el telar nórdico, tan diferente al nuestro. Aprendo palabras en su lengua, saboreándolas como si cada una me acercara más a él.

—Hjarta —murmuro mientras recojo hierbas en el jardín—. Corazón. Mis dedos rozan la salvia y el tomillo. —Ást. Amor.

Las palabras paganas se mezclan con mis oraciones cristianas, y ya no sé si es pecado o salvación.

Una tarde, mientras cuelgo hierbas para secar, Ragnhild me encuentra llorando.

—Las lágrimas no harán que regrese más rápido —dice, pero su voz es amable.

—No lloro por él —miento—. Pienso en mi padre.

—Ah. —Se sienta a mi lado, sus manos arrugadas seleccionando hojas de salvia—. ¿Sabes? Cuando Bjorn era niño, solía sentarse exactamente donde estás, preguntando por su madre cada vez que su padre salía a las incursiones.

—¿La amaba mucho? ¿Su padre?

—Lo suficiente para cambiar por ella. Como Bjorn está cambiando por ti.

—Yo no se lo he pedido.

—El amor verdadero nunca pide, niña. Simplemente transforma.

Los días se convierten en semanas. Aprendo a leer las señales del clima como los nórdicos, buscando en el cielo indicios de su regreso. Cada vez que las gaviotas gritan sobre el fiordo, mi corazón salta.

Por las noches, sueño. A veces son pesadillas donde el mar se lo traga. Otras veces... otras veces son sueños que me hacen despertar sonrojada y culpable, recordando el calor de su mirada, imaginando el tacto de sus manos.

—Padre nuestro que estás en los cielos —rezo en la pequeña iglesia que los vikingos permiten mantener—, perdóname por amar a quien no debería.

Pero incluso mientras rezo, mis dedos trazan la runa que he visto tatuada en su brazo. Hagall. Cambio. Transformación.

Y entonces, una mañana, los cuernos suenan. Los barcos regresan.

Mi corazón se detiene, luego galopa. Ha vuelto. Y con él, noticias que podrían cambiarlo todo.

Capítulo 5

El cielo está teñido de naranja y violeta cuando los barcos atracan. Me mantengo en las sombras del salón, mis dedos retorciendo nerviosamente mi delantal mientras observo a los hombres desembarcar. Y entonces lo veo.

Bjorn parece más delgado, más duro. Su barba está más larga, y hay nuevas líneas alrededor de sus ojos. Cuando pasa junto a las antorchas, noto una nueva cicatriz en su cuello, apenas curada. Mi corazón se encoge. —¿Qué ha pasado en Dublín?

No me mira mientras entra al salón, aunque sé que ha notado mi presencia. Se sienta en su silla alta y pide hidromiel, su voz ronca por el cansancio. Los hombres lo rodean, ansiosos por noticias y historias.

Edith se apresura a servirle, pero Ragnhild la detiene con una mirada.

—Ve tú —me dice suavemente—. Ha esperado suficiente para verte.

Mis manos tiemblan mientras vierto el hidromiel en su cuerno. Cuando se lo entrego, nuestros dedos se rozan, y el contacto es como un relámpago en mi piel.

—Necesito hablar contigo —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo—. Después.

Las horas se arrastran mientras los hombres beben y comparten historias. Escucho fragmentos: problemas en Dublín, tensiones entre clanes, rumores de traición. Bjorn permanece en silencio, bebiendo poco, sus ojos dispares perdidos en el fuego.

Finalmente, el salón se vacía. Me quedo rezagada, pretendiendo limpiar mesas, mi corazón latiendo tan fuerte que temo que pueda oírlo.

—Tu padre vive.

Sus palabras me hacen girar. Está de pie ahora, la luz del fuego dibujando sombras en su rostro cansado.

—¿Está...?

—A salvo. Mi tío lo ha puesto a cargo de otros trabajadores. Es respetado. —Hace una pausa, sus dedos tocando la cicatriz en su cuello—. Pero hay más.

Se acerca, y el aire entre nosotros se vuelve denso como miel.

—Mi tío está planeando una rebelión contra el acuerdo de paz. Quiere tomar más tierras sajonas, expandirse hacia el sur. —Sus ojos encuentran los míos—. Si lo hace, habrá guerra. Una guerra real, no simples incursiones.

—¿Y tú?

—Me quiere de su lado. Me ofreció tierras, poder... y tu padre como garantía de mi lealtad.

El significado de sus palabras me golpea como una ola helada.

—Lo está usando como rehén.

—Sí. —Su mano se levanta, dudando antes de tocar mi mejilla. Esta vez, no se detiene. Su palma es cálida contra mi piel—. Pero hay otra opción.

—¿Cuál?

—Podría comprar la libertad de tu padre. Mi tío tiene un precio.

—¿Pero?

—Tendría que renunciar a mi posición aquí. A mis tierras. A todo.

Me alejo de su toque, aunque mi piel grita por su calor.

—No puedo pedirte eso.

—No lo estás pidiendo. Lo estoy ofreciendo. —Su voz es suave pero firme—. Hay tierras al este, más allá del control de mi tío. Podríamos...

—¿Podríamos?

Sus ojos brillan en la luz moribunda del fuego.

—Ven conmigo. Tú, tu padre... podríamos empezar de nuevo. Sin esclavitud, sin guerras. Solo...

—¿Solo?

—Solo nosotros.

El fuego crepita, lanzando chispas hacia el techo oscuro. En algún lugar, un lobo aúlla a la luna creciente.

—¿Qué respondes, Æthelfled de Mercia?

Me quedo inmóvil, las palabras de Bjorn resonando en el aire entre nosotros. Su mano aún flota cerca de mi rostro, y puedo sentir el calor que emana de él, mezclándose con el del fuego moribundo.

—Mi señor... —empiezo, pero él me interrumpe.

—Bjorn —dice suavemente—. Solo Bjorn. No soy tu señor, Æthelfled. No quiero serlo.

Las lágrimas amenazan con brotar, pero las contengo.

—¿Cómo sé que esto no es otra forma de cautiverio? ¿Otra jaula con barrotes más dulces?

Se aparta un paso, y la pérdida de su cercanía duele físicamente. Sus ojos dispares brillan con algo que podría ser dolor.

—Cuando mi madre eligió quedarse con mi padre —dice lentamente—, me contó que la libertad no es solo la ausencia de cadenas. Es la capacidad de elegir tu propio camino. —Su mano toca la cicatriz de su ceja, ese gesto tan familiar—. Te estoy ofreciendo una elección, nada más.

—¿Y si elijo irme? ¿Sin ti?

—Entonces te ayudaré a reunirme con tu padre y serás libre de partir. —Su voz es ronca—. Aunque me desgarre el corazón verte marchar.

Es esa última confesión, tan cruda y honesta, la que rompe mis últimas defensas. Me acerco a él, permitiendo que mis dedos tracen la nueva cicatriz en su cuello.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Defendiendo a tu padre de un guardia borracho. —Una pequeña sonrisa curva sus labios—. Es tan terco como su hija.

La risa brota de mi garganta, mezclada con lágrimas.

—Bjorn Thorsson —susurro—, ¿sabes lo que significaría para un vikingo tomar como esposa a una esclava cristiana?

Sus manos encuentran mi rostro, sosteniéndolo como si fuera algo precioso.

—¿Sabes lo que significaría para una sajona cristiana amar a un pagano?

—El padre Cuthbert diría que es un pecado.

—Mis hombres dirían que es una debilidad.

—Entonces seamos débiles juntos —murmuro, y por primera vez, permito que mis labios encuentren los suyos.

Nuestros labios se tocan. Él parece intentar darme un beso suave y tierno, como pétalos de rosa rozándose. Yo quiero más. Me aferro a su piel, devorando sus labios, como si estuviese bebiendo de una fuente tras vagar muerta de sed.

El beso sabe a hidromiel y a promesas, a libertad y a miedo, a todo lo que podríamos perder y todo lo que podríamos ganar. Sus manos se enredan en mi cabello mientras las mías se aferran a su túnica, y por un momento, todos los dioses —el suyo y el mío— parecen contener el aliento.

En este momento, casi sale de mis labios. Quiero decir que sí. Que soy suya y que le

pertenezco. Veo esos ojos intensos, que me devoran.

Sus dedos acarician mis tobillos. Alzo mis piernas, moviéndolas. Él me mira, alzando gentilmente mi falda, mientras mi cabeza se recuesta contra la pared, mientras mis manos sujetan su túnica y la arrancan de su piel, revelando un torso fornido.

Sus manos exploran mi cuerpo con reverencia, como si fuera un templo sagrado. Cada caricia enciende un fuego en mi piel, y tiemblo bajo su toque. Él besa mi cuello, mi clavícula, descendiendo lentamente. Suspiro, arqueando la espalda, ofreciéndome a él por completo.

Cuando nuestros cuerpos se unen por primera vez, siento una punzada de dolor que me hace contener el aliento. Él se detiene, mientras sus ojos buscan los míos con preocupación. Le sonrío, animándolo a continuar.

El dolor se disipa gradualmente, reemplazado por una sensación de plenitud que nunca antes había experimentado.

Nos movemos juntos, como si nuestros cuerpos se entrelazan como las ramas de un árbol en primavera, tan unidos que ya no puedo distinguir dónde empiezo yo y comienza él. Sus manos buscan mi piel desnuda, siguiendo los contornos de mis huesos, abrasando cada centímetro de mi piel con su calor. Yo me estremezco de placer y hambre insaciable.

Su boca se posa en mi cuello, sus labios húmedos y ardientes recorriendo el camino hacia abajo, despertando chispas dondequiera que pasan. La sensación me envuelve como una manta en pleno invierno, haciéndome temblar con anticipación.

Él me lleva sin esfuerzo al suelo, y nos fundimos en un abrazo apasionado sobre las pieles que cubren el suelo. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, como olas en el mar, subiendo y bajando en perfecta sincronía. Cada embestida me lleva más cerca del borde, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo.

Siento como si estuviera ascendiendo una montaña, cada movimiento me acerca más a la cima. El calor se acumula en mi vientre, extendiéndose como lava ardiente por mis extremidades. Mis dedos se entierran en su espalda, buscando un anclaje mientras el mundo parece deshacerse a mi alrededor.

De repente, una explosión de sensaciones me invade. Es como si mil estrellas estallaran detrás de mis párpados cerrados. Mi cuerpo se tensa y se arquea contra el suyo, temblando incontrolablemente mientras el éxtasis me recorre de pies a cabeza. Él me sostiene con fuerza, susurrando palabras dulces en mi oído mientras cabalgo las olas del clímax.

Cuando por fin regreso a la tierra, abro los ojos para encontrarme con su mirada intensa. Hay tanto amor y adoración en esos ojos que siento que podría ahogarme en ellos. Sonrío, acariciando su mejilla con ternura.

—Te amo, —susurro, las palabras escapando de mis labios antes de que pueda detenerlas. Por un momento, el miedo me invade.

Cuando nos separamos, sus ojos brillan con una intensidad que me roba el aliento.

—¿Eso es un sí? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que hace que mi corazón se hinche.

—Es un sí —respondo—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que nunca más tomes esclavos. Que el cambio empiece con nosotros.

Su sonrisa es como el amanecer después de una noche de tormenta.

—Ya lo ha hecho, min hjarta. Ya lo ha hecho.

El amanecer nos encuentra haciendo planes en susurros. Bjorn ha enviado mensajeros de confianza a Dublín con el pago por la libertad de mi padre, pero sabemos que tenemos poco

tiempo antes de que su tío sospeche.

—Halfdan nos traicionará —murmuro mientras empaco hierbas medicinales en pequeños sacos de cuero—. Nunca me ha perdonado que me eligieras a mí.

—Halfdan estará demasiado ocupado lidiando con su nuevo barco —dice Bjorn, una sonrisa lobuna en sus labios—. Un regalo de despedida, junto con suficiente oro para comprar su silencio.

Ragnhild supervisa nuestros preparativos con ojos húmedos.

—Tu madre estaría orgullosa —le dice a Bjorn mientras le entrega un pequeño cofre—. Guardé esto para ti. Sus joyas sajonas, las que tu padre le permitió conservar.

Las otras esclavas observan con una mezcla de envidia y asombro mientras Bjorn anuncia su decisión de liberarlas. Algunas, como Edith, eligen quedarse; la libertad puede ser tan aterradora como el cautiverio cuando no se tiene a dónde ir. Otras parten esa misma noche, con monedas de plata en sus bolsillos y esperanza en sus ojos.

Pero no todo es tan simple. Una noche, mientras revisamos mapas a la luz de las velas, Bjorn se tensa al escuchar pasos fuera.

—¡Traidor! —La voz de Erik trueno en el salón—. ¡Nos abandonas por una puta sajona!

Bjorn se mueve como un relámpago, poniéndose entre Erik y yo.

—Cuida tu lengua, hermano de sangre, o la perderás.

—¿Me amenazas? ¿Por ella? —Erik escupe al suelo—. Tu tío tenía razón. La sangre sajona de tu madre te ha hecho débil.

—La compasión no es debilidad —respondo, las palabras saliendo antes de que pueda detenerlas—. Y el amor no es traición.

Erik se ríe, un sonido cruel.

—¿Amor? ¿Crees que un jarl puede amar a una esclava?

—Mi padre amó a mi madre —la voz de Bjorn es suave, pero hay acero en ella—. Y ella le enseñó que hay más honor en construir que en destruir.

—Tu padre era un tonto que murió protegiendo a una sajona.

—No —Bjorn da un paso adelante—. Mi padre era un hombre que encontró algo más valioso que el oro o la gloria. Como yo lo he encontrado.

La tensión crece hasta que parece que el aire mismo podría prenderse fuego. Pero entonces, sorprendentemente, Erik baja su espada.

—Los hombres hablan —dice finalmente—. Planean matarte antes de que puedas partir. No por mí —añade cuando Bjorn se tensa—, sino por orden de tu tío. Parece que no confía en que mantengas silencio sobre sus planes.

—¿Por qué me adviertes?

—Porque tu madre curó a mi hijo cuando ningún otro pudo. Y porque... —duda—, porque tal vez haya algo de verdad en lo que dices sobre el honor.

Esa noche, mientras preparamos nuestra partida apresurada, observo a Bjorn despedirse de su hogar. Toca las vigas talladas, los tapices que su madre tejió, la silla alta donde su padre solía sentarse. Hay dolor en sus ojos dispares, pero también determinación.

—¿Te arrepientes? —pregunto suavemente.

Me atrae hacia él, su frente descansando contra la mía.

—El único arrepentimiento sería no haberte conocido —susurra—. Todo lo demás es solo el precio de la libertad.

El bosque está negro como la boca de un lobo cuando emprendemos nuestra huida. Bjorn lidera el grupo —cuatro hombres leales, Ragnhild y yo— por senderos ocultos hacia donde nos esperan los caballos. La luna, apenas un filo de plata en el cielo, ilumina lo suficiente para distinguir el contorno de los árboles, pero no alivia la opresiva sensación de peligro. Antes de partir, Bjorn me tomó del brazo, su mirada dispar llena de urgencia.

—¿Sabes de venenos? —dijo en voz baja, con esa mezcla de autoridad y preocupación que siempre lo acompaña—. No confío en que podamos cruzar este bosque sin ser vistos. Hemos de preparar algo en caso que las cosas se tuerzan.

Asentí.

—Puedo usar beleño negro. No sería muy potente. Pero...

—Sé que no tendrás tiempo para preparar algo elaborado. Pero confío en tí. Bastará con algo que pueda aturdir.

Mi madre me enseñó desde niña a convertir plantas comunes en armas silenciosas, en caso de hombres malvados o alguien que atentara contra mi familia. No tardé en mezclar beleño negro con otras hierbas venenosas que llevaba en mi morral. Bjorn observó mi trabajo sin decir nada, pero cuando terminé, asintió con gravedad. Ahora esas hierbas descansan en mi cinturón, esperando su momento.

Avanzamos durante la noche, tratando de hacer el menor ruido.

El ataque llega como una tormenta de verano: súbito y devastador.

Por un momento, creo que estamos libres del peligro. No hay sonidos en el bosque nocturno, ni siquiera el ulular de los búhos o de los ratones de bosque.

Hasta que las flechas empiezan a resonar.

Una encuentra su marca en el hombro de uno de nuestros hombres, que cae de rodillas con un gemido ahogado. Las sombras cobran vida alrededor nuestro, emergiendo como fantasmas entre los árboles. Doce, quince guerreros armados nos rodean, sus antorchas transformando el bosque en un infierno titilante.

Bjorn se mueve al frente, su espada ya desenvainada. Incluso en este caos, hay algo imponente en su figura: un dios de la guerra envuelto en furia y acero.

—¡Protejan a las mujeres! —ruge, su voz mezclándose con el choque del acero contra acero.

La batalla estalla a nuestro alrededor con la furia de una tormenta desatada. En la penumbra, sólo distingo destellos: el giro de una capa, el brillo de una hoja al cruzarse con otra, el oscuro arco de sangre en el aire. Bjorn se convierte en un torbellino de violencia precisa, cada movimiento una letal combinación de fuerza y destreza. Dos hombres caen bajo su espada antes de que pueda siquiera parpadear.

—¡Ragnhild, cuida de ella! —grita, señalándome sin desviar su atención de la lucha.

El caos es ensordecedor: los gritos de guerra, el entrec chocar de las espadas y el crujir de ramas bajo los pies de los combatientes llenan el aire. A pesar de la ferocidad de Bjorn y sus hombres, los atacantes son demasiados.

De entre las sombras, una risa burlona corta la tensión.

—¡El jarl que ama a las esclavas! —se burla una voz familiar. Halfdan avanza, su espada desenvainada y su rostro iluminado por la cruel luz de las antorchas—. Tu tío envía saludos, Bjorn.

Bjorn no responde con palabras. Su espada, al igual que su mirada, se enfoca en Halfdan, quien se lanza hacia él con un grito. Las hojas chocan con fuerza, y el eco resuena como un tambor que marca el ritmo de la muerte.

Mientras tanto, yo me arrastro hacia mi morral, el corazón latiendo con fuerza en mis oídos.

Mis dedos buscan a ciegas entre las correas y los frascos hasta que finalmente encuentro lo que necesito: el polvo de beleño negro mezclado con otras hierbas aturdidoras.

—¡Las antorchas! —grito a Ragnhild, que parece entender al instante. Con manos firmes, lanza una tea encendida hacia mí.

El calor de la llama acaricia mis dedos mientras soplo, esparciendo el polvo en el aire. El fuego alza un humo turbio, llevado por el viento ante los atacantos, justo cuando Halfdan se prepara para atacar a Bjorn, quien lucha contra varios hombres a la vez, su respiración pesada y su costado sangrando.

—¡Veneno! —grita uno de los atacantes, llevándose las manos a los ojos mientras tose violentamente—. ¡La bruja sajona!

La confusión se apodera del grupo enemigo. Los hombres empiezan a retroceder, tosiendo y frotándose los ojos mientras el veneno hace su trabajo. La distracción es suficiente. Bjorn lanza un rugido y, en un arco perfecto, su espada encuentra el cuello de Halfdan. El sonido es seco, definitivo. La sangre brilla negra bajo la luz de las antorchas cuando el traidor cae al suelo.

Hay silencio. Pero nuestra marcha debe continuar.

El bosque después de la batalla respira paz.

Capítulo 6

Nos detenemos junto a un riachuelo, un remanso oculto entre los árboles, para dar un respiro a los caballos y atender la herida de Bjorn. A pesar del murmullo del agua sobre las piedras, el aire no está libre de tensión. Uno de los hombres leales monta guardia cerca, su espada lista, mientras Ragnhild se inclina hacia mí, preocupada.

—Necesito limpiar la herida —digo, deshaciendo el vendaje con dedos que tratan de no temblar. La sangre se ha detenido, pero el corte aún luce profundo.

Bjorn se deja caer sobre una roca junto al agua, su mirada fija en el bosque como si pudiera leer en las sombras cualquier amenaza que se acerque.

—Lávate la sangre de la batalla —le indico con suavidad.

—El agua está helada —responde, aunque se despoja de la túnica manchada sin dudar. Su voz lleva un deje de humor, pero sus movimientos son rígidos, el dolor apenas contenido.

Cuando la luz del amanecer atraviesa las ramas, las marcas de su piel se revelan: tatuajes rúnicos que serpentean por su torso, cicatrices antiguas que cuentan historias de batallas y pérdidas. Contengo un suspiro, sintiendo una mezcla de admiración y tristeza. Cada marca es un recordatorio de lo que ha vivido, y me pregunto qué lugar ocuparé yo en esa trama escrita en carne.

Bjorn se arrodilla junto al riachuelo, mojándose las manos y dejando que el agua se lleve la suciedad y la sangre. Aprovecho el momento para empapar un paño limpio y regresar a su lado.

—Esto va a doler —le advierto antes de presionar el paño húmedo contra su costado.

Él exhala bruscamente, pero no se queja. Sus ojos dispares, siempre tan expresivos, me buscan, llenos de algo que no puedo nombrar.

—Tus manos son más firmes de lo que esperaba —murmura, un destello de humor brillando a pesar del dolor.

—Y tú eres más resistente de lo que parece —respondo, intentando mantener la ligereza mientras limpio la herida. Pero siento su calor bajo mis dedos, y la cercanía hace que mi corazón se acelere.

El bosque parece contener la respiración. Por un momento, todo lo demás desaparece: el peligro, la fatiga, incluso el frío de la mañana. Solo estamos él y yo, el murmullo del agua acompañándonos como una vieja canción.

—Æthelfled —susurra mi nombre, su voz profunda y llena de algo que me hace temblar.

Levanto la mirada, atrapada por los suyos. Cuando su mano encuentra mi mejilla, es como si el mundo se detuviera.

Sus manos, acostumbradas a la espada, son sorprendentemente gentiles mientras me atrae hacia su pecho. Su calor envuelve mi frío, y por un instante, me olvido de todo: de la sangre en sus heridas, de los hombres que nos persiguen, del destino incierto que nos espera.

—No voy a desaparecer —le susurro, como si pudiera leer su miedo detrás de la intensidad de su abrazo.

—Eres lo único que me mantiene aquí —responde con un tono bajo, casi inaudible. Sus palabras son un ancla, algo que me impide desmoronarme.

Cuando el momento se rompe, no por falta de deseo sino por necesidad, volvemos nuestra atención a la herida.

—La limpieza no es suficiente. Voy a necesitar preparar un ungüento cuando encontremos un lugar seguro —le digo mientras termino de vendarlo. Mi voz intenta sonar profesional, pero mi

corazón sigue latiendo desbocado.

Bjorn asiente, sus ojos brillando con algo que no puedo descifrar del todo, pero que me llena de calidez.

—Cuando lleguemos a las tierras del este —dice mientras se pone la túnica con cuidado—, construiré un hogar para nosotros. Uno donde podamos estar a salvo.

—¿Y los dioses? —pregunto, recordando las palabras de Ragnhild.

—Que aprendan a convivir —responde con una sonrisa que hace que mi corazón salte. Luego, su rostro se vuelve más serio—. Como nosotros.

El bosque parece aprobar su respuesta. El viento susurra entre las ramas, llevándose el peso de nuestras preocupaciones por un breve instante.

Cuando el sol asciende, iluminando el sendero frente a nosotros, volvemos a montar. Ya no somos solo fugitivos huyendo de un pasado oscuro. Ahora, somos dos almas decididas a construir un futuro, juntas, desafiando las reglas del mundo que nos dio forma.

Capítulo 7

El viaje desde el norte hasta los muelles de Dublín ha sido largo, pero ahora, al cruzar los bosques, todo parece ir a otro ritmo. Los árboles altos y densos nos rodean, y el aire es fresco y húmedo, perfumado con la tierra mojada y las hojas caídas. Los caballos avanzan con paso firme a través de los senderos ocultos, y el crujir de las ramas bajo nuestros pies se mezcla con el suave susurro del viento.

Bjorn lidera el grupo —su mirada fija en el camino por delante— mientras yo me mantengo cerca, observando cada sombra, cada movimiento entre los árboles. Aunque la huida fue apresurada, no hemos sido perseguidos, y la calma de este tramo de nuestro viaje nos da un respiro que rara vez hemos tenido.

Poco antes de llegar a la aldea donde hemos acordado encontrar a nuestro contacto, el sendero se estrecha, y el sonido de la naturaleza parece aún más profundo, como si el bosque estuviera absorbiendo los susurros del mundo exterior. Es en ese momento cuando escuchamos los cascos de un caballo acercándose a nosotros desde detrás de los árboles.

Bjorn se detiene en seco, alerta, y yo hago lo mismo, pero un ligero suspiro de alivio escapa de mis labios cuando reconozco la figura que emerge entre los árboles. Es un hombre de mediana edad, con el rostro curtido por los años y una sonrisa franca que revela años de amistad. Lleva una capa pesada que apenas deja ver la túnica de viajero que usa, y sus ojos reflejan una inteligencia astuta y una bondad que ha conocido desde niña.

—Olav —dice Bjorn, reconociéndolo también—. Sabía que vendrías.

Olav, un viejo amigo de la familia de Bjorn, desmonta con agilidad de su caballo, su mirada se dirige rápidamente a mí, pero no hay juicio, solo una aceptación silenciosa.

—Os llevaré a Dublín —dice con una voz profunda—. Sabía que los vería pronto, pero no esperaba que fuera así.

—Gracias —respondo, mi voz cargada de gratitud—. Nos habrías hecho un gran favor hace mucho tiempo, cuando nos vimos por última vez.

Olav asiente, sin decir nada más. Ha vivido lo suficiente para entender que no es necesario preguntar por todo lo que ha quedado atrás. La vida de los vikingos, y de quienes la cruzan, a menudo no deja espacio para las explicaciones.

El viaje desde el bosque hasta el muelle es relativamente tranquilo, y mientras avanzamos por los caminos del interior, el paisaje comienza a abrirse. La tierra se vuelve más baja, y el sonido de las olas que rompen contra la costa nos llega a los oídos antes de que podamos ver el mar. Al llegar a una pequeña posada, Olav nos señala un carro de mercaderes que espera en la explanada.

—Este es el mejor momento para embarcar —dice, mirando a su alrededor con cautela, asegurándose de que nadie nos observe demasiado de cerca—. El barco de mercaderes saldrá pronto, y ahí podréis embarcar sin levantar sospechas. No os retraséis.

Agradecemos nuevamente, y antes de despedirnos, Olav nos da una última advertencia:

—Cuando lleguéis a Dublín, debéis manteneros unidos. La ciudad puede ser un lugar difícil para los que vienen de fuera. Recordad quiénes sois, y mantened el perfil bajo hasta que esté claro que el viento sopla a vuestro favor.

Con una última mirada de complicidad, Olav se aleja, y nosotros seguimos hacia el puerto. El sonido del agua, las voces de los mercaderes, y el crujir de los cascos en la madera del muelle nos acompañan mientras nos acercamos a nuestro destino.

El viento en nuestras caras es fresco mientras el barco surca las aguas del mar de Irlanda. A lo lejos, las costas se perfilan como un sueño, una tierra que por fin podremos llamar hogar, aunque solo sea por un tiempo. El viaje ha sido largo, y las olas, aunque suaves, siguen golpeando las costillas del barco con fuerza, recordándonos que no estamos fuera de peligro. A lo largo de los días, la travesía ha sido silenciosa, salvo por las ocasionales órdenes de Bjorn, que se ocupa del timón con una destreza que habla de su experiencia.

Mientras él se encarga del barco, yo paso las horas mirando al horizonte, pensativa. El mar parece interminable, una extensión salvaje que refleja tanto la libertad como el peligro que nos aguarda. El sol comienza a ponerse, tiñendo el agua de tonos anaranjados y dorados. Los sonidos del mar y el suave crujir de la madera del barco crean una atmósfera tranquila, pero en mi pecho hay una mezcla de expectación y ansiedad.

Bjorn se acerca a mí, su sombra alargándose sobre la cubierta del barco. Sus ojos dispares brillan con la intensidad de un futuro que ambos deseamos, aunque todavía incierto.

—Pronto estaremos en tierra firme —dice con una voz baja, casi como si hablara para sí mismo—. Y allí comenzaremos de nuevo."

Asiento sin decir nada, mis dedos jugando con el broche de mi capa. La idea de empezar una nueva vida en Dublín, lejos de las sombras del pasado, me llena de esperanza, pero también me provoca temor. ¿Seremos capaces de adaptarnos? ¿De dejar atrás lo que fuimos para convertirnos en lo que deseamos ser?

Las costas de Dublín se acercan rápidamente. Podemos ver los muelles y las primeras construcciones de la ciudad levantándose al borde del mar. Un ligero nudo se forma en mi estómago, pero esta vez no es miedo, sino el reconocimiento de que hemos llegado al umbral de un nuevo capítulo en nuestras vidas.

Los muelles de Dublín hierven de actividad cuando nuestro barco mercante atraca. Bjorn —ahora "Knut el Mercader"— ha teñido su barba de oscuro y oculta sus ojos dispares bajo un

sombrero de comerciante. Yo me hago pasar por su esposa cristiana, un disfraz que no se aleja mucho de la verdad que anhela mi corazón.

—Las canteras están al norte de la ciudad —murmura mientras desembarcamos, mezclándonos con la multitud del puerto—. Tu padre trabaja en la sección de los maestros canteros ahora.

Dublín es un mosaico de mundos: vikingos y sajones, irlandeses y francos, todos comerciando, discutiendo, viviendo en una paz precaria. El olor a pescado y especias impregna el aire, mientras los cuervos danzan sobre los tejados de madera.

Encontramos a mi padre supervisando a un grupo de trabajadores. Su cojera es más pronunciada, pero se mantiene erguido, y los hombres lo escuchan con respeto. Cuando me ve, el cincel cae de sus manos.

—¿Æthelfled? —Su voz tiembla—. ¿Mi pequeña Æthelfled?

Corro hacia él, olvidando toda precaución. Sus brazos me envuelven, oliendo a piedra y sudor y hogar.

—Padre —sollozo contra su pecho—. He venido a llevarte a casa.

—¿Casa? —Mira sobre mi hombro, donde Bjorn espera. El reconocimiento parpadea en sus ojos—. El jarl...

—Ya no soy jarl —dice Bjorn suavemente—. Solo un hombre que ama a tu hija.

Mi padre me suelta lentamente, sus ojos estudiando mi rostro.

—¿Es cierto esto? ¿Vas con él por voluntad propia?

—Sí —respondo, tomando la mano de Bjorn—. Vamos al este, donde podemos empezar de nuevo. Los tres.

Mi padre mira nuestras manos entrelazadas, luego la forma en que Bjorn se coloca protectoramente a mi lado. Finalmente, asiente.

—Tu madre decía que el amor era más fuerte que el odio —dice—. Nunca lo entendí hasta ahora.

Esa noche, mientras preparamos nuestra partida final hacia las tierras del este, encuentro a Bjorn mirando el mar.

—¿En qué piensas? —pregunto, apoyándome contra él.

—En cómo los dioses tejen destinos extraños —responde, sus brazos rodeándome—. Una esclava sajona me enseñó más sobre la libertad que todas las sagas de mi pueblo.

—Y un vikingo me enseñó más sobre el amor que todas las escrituras cristianas —sonríe.

El amanecer nos encuentra en el mar nuevamente, pero esta vez no como captor y cautiva, sino como iguales. Mi padre está en la proa, su rostro hacia el sol naciente. Bjorn sostiene el timón, sus ojos dispares brillando con promesas de futuro.

Y yo... yo estoy en el medio, donde siempre debí estar. Entre el este y el oeste, entre el cristianismo y el paganismo, entre la esclavitud y la libertad. Mi mano toca el pequeño broche que Bjorn me dio, un diseño que entrelaza la cruz cristiana con el martillo de Thor.

—Min hjarta —murmura Bjorn, y en sus palabras escucho el eco de todas las historias de amor que han desafiado fronteras y cambiado mundos.

Porque, al final, ¿qué es el amor sino la más dulce forma de libertad?

FIN

EPÍLOGO

El sol de verano calienta las piedras de nuestra nueva casa mientras tejo en el porche, observando a Bjorn enseñar a mi padre cómo tallar runas en la madera. Han pasado cuatro estaciones desde que llegamos a estas tierras del este, donde el río se encuentra con el mar.

Nuestro hogar es un reflejo de nosotros mismos, una mezcla de mundos: vigas talladas con dragones nórdicos conviven con cruces cristianas; hierbas sajonas cuelgan junto a amuletos vikingos. En el jardín, las plantas medicinales que cultivo atraen a personas de ambas culturas, buscando curación.

—Min hjarta —llama Bjorn, sus ojos dispares brillando con un secreto que ambos compartimos. Pronto necesitaremos una cuna, y ya lo he visto trabajando en ella por las noches, tallando tanto cruces como runas de protección.

Mi padre se ha recuperado bien. Aunque su cojera nunca desaparecerá, aquí es respetado como maestro cantero. Ha encontrado paz enseñando su oficio a otros, y por las noches, cuando nos sentamos junto al fuego, incluso ríe con las historias de Bjorn.

Los comerciantes que pasan por nuestra casa traen noticias: el tío de Bjorn murió en una batalla contra los francos. Halfdan es recordado como un traidor. Y en nuestro antiguo hogar, las esclavas que liberamos han encontrado sus propios caminos.

Ragnhild nos visita cada cambio de estación, trayendo historias y regalos. Fue ella quien ofició nuestra boda, una ceremonia que mezcló las tradiciones de ambos pueblos.

—Los dioses sonríen —dijo ese día— cuando el amor construye puentes.

Esta mañana, mientras Bjorn dormía, lo observé susurrar una oración cristiana, igual que yo a veces trazo runas de protección sobre su pecho. Hemos aprendido que la fe, como el amor, no conoce fronteras.

En las noches, cuando la luna platea el fiordo, a veces pienso en aquella primera mañana en mi aldea, cuando los vikingos llegaron con fuego y espadas. ¿Quién habría imaginado que mi captor se convertiría en mi libertador? ¿Que la esclavitud me llevaría a la más dulce libertad?

Bjorn se acerca ahora, su mano descansando sobre mi vientre apenas abultado.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En cómo terminaré nuestra historia —respondo, porque he estado escribiéndola, mezclando las sagas nórdicas con las letras sajonas que aprendí.

—¿Y cómo termina?

Sonrío, entrelazando mis dedos con los suyos.

—No termina —digo suavemente—. Algunas historias solo continúan, como el mar, como las estaciones, como el amor.

El sol se pone sobre el fiordo, pintando el cielo de oro y púrpura. En la distancia, las gaviotas gritan sus secretos al viento, y el futuro se despliega ante nosotros como una vela llena de promesas y posibilidades.

Porque, a veces, el final de una historia es solo el comienzo de otra.

FIN